

# LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

# 90

MARIANO PICON SALAS  
**AMERICAS DESAVENIDAS**



COORDINACION DE HUMANIDADES  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/  
Facultad de Filosofía y Letras  
UNION DE UNIVERSIDADES  
DE AMERICA LATINA

UNAM



MARIANO PICON SALAS  
**AMERICAS DESAVENIDAS**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS  
Facultad de Filosofía y Letras  
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA



Mariano Picón-Salas (1901-1965), pensador venezolano a quien se deben importantes trabajos sobre la historia, la cultura y la literatura latinoamericanas. Como educador tuvo diversas responsabilidades en este campo. Fue Decano fundador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. Tuvo varios cargos diplomáticos, entre ellos el de Embajador ante la UNESCO. Fue Director Fundador de la importante *Revista Nacional de Cultura*. Publica numerosos libros sobre temática latina, entre ellos *De la Conquista a la Independencia*; *Tres siglos de Historia Latinoamericana* y *Pedro Claver, el santo de los esclavos*.

En el ensayo que publicamos retoma la temática de José Enrique Rodó sobre las dos Américas, Américas, dice Picón Salas, desavenidas. El arielismo enfrentado al materialismo de la poderosa América del Norte. Sin embargo, la América, nuestra América, para liberarse plenamente necesita del poder que ha conquistado Calibán. Necesita industrializarse, modernizarse, pero sin vender su alma. Por ello ya Rodó proponía que las armas e instrumentos de Calibán fuesen las armas e instrumentos al servicio del espíritu encarnado en Ariel.



## AMÉRICAS DESAVENIDAS

Por Mariano Picón Salas

Acaso fue Rodó quien con más gracia que sagacidad se acercó a uno de los problemas más tensos, de más conflictiva vigencia en la Cultura americana. Que compartían como vecinos recelosos el área del Continente dos familias de pueblos que aún atados por el comercio y la contigüidad geográfica, tenían —para la fecha en que Rodó escribió su “Ariel”— muy escasos deseos de comprenderse. Y que en la tabla de valores que cada uno se forja se exaltaban cualidades opuestas; imágenes de la vida y del hombre casi rabiósamente antagónicas. En los latinoamericanos del 1900 cundía un creciente rencor ante los Estados Unidos, y en el Norte no se miraba hacia nosotros sino con extraña mezcla de ignorancia, pintoresquismo y menosprecio. Éramos apenas, para ellos, un anárquico mundo mestizo juzgado a la luz del racismo anglogermánico del siglo XIX que veía en la próspera peripecia industrial de las naciones sajonas, un signo de primacía y superioridad sobre las asoleadas y perezosas gentes latinas. En el mejor de los casos, en América se repetía la discordia de la Europa décimonónica entre una Inglaterra poderosamente industrializada, de sensato equilibrio, usufructuante imperial de los mejores dones del Mundo, con factorías y manos libres en todos los continentes, y una España, una Italia y un Portugal que al espléndido sol del Mediodía cuidaban sus patinadas ruinas. El orgulloso nacionalismo de su crecimiento, el llamado “destino manifiesto” en los Estados Unidos y el resentido nacionalismo de frustración y despojo en los latinoamericanos de que era ejemplo la enorme pérdida de territorios sufrida por México, hacía olvidar la común misión de América, aquella teoría de la concordia y esperanza del Nuevo Mundo que antes aproximara el pensamiento emancipador y americanista de las dos zonas e hiciera dialogar a Jefferson y a Francisco de Miranda.

Si los hispanoamericanos de la época de la Revolución y el Romanticismo, desde Bolívar hasta Sarmiento, miraron a los Estados Unidos como a una América ejemplar que se les adelantó en espíritu de libertad y en virtudes, como paradigma republicano que necesitaba estudiarse, ya los de fines del siglo XIX perdieron aquella fe; y la prevención y

el temor ocupaban el viejo sitio de la estima. Como todos los imperialismos, el norteamericano había nacido en el turbio légamo de negocios, de intereses comerciales sin escrúpulo, de aventura autónoma, que conocieron los Estados Unidos entre 1879 y 1900. Aun la primera Conferencia Panamericana de 1889 que tuvo un admirable cronista e historiador en José Martí, no logró ocultar bastante qué asalto y ofensiva de financieros ansiosos de dominar nuevos mercados, de desalojar a Europa en el comercio de Sur América; qué tratos y seguridades para abrir el canal interoceánico quería el capitalismo de los Estados Unidos a la sombra meliflua de los tratados y discursos diplomáticos. La Argentina que tenía entonces el orgullo adolescente de su nueva prosperidad, y cuyas rutas atlánticas conducían mejor a Europa que a los Estados Unidos, pudo por boca de un Sáenz Peña defender el honor de una Hispanoamérica muy dividida y mediatizada. Expresó las reservas prudentes contra el candor o fácil entreguismo de otras delegaciones. Muchos países hispanoamericanos no habían superado las querellas pequeñas, los intereses puramente privatistas de algunos caudillos y el deseo de ganarse la protección del vecino rico aun a costa de quién sabe qué hipoteca sobre su porvenir. El Positivismo materialista elevado a dogma político —por ejemplo en el México de Porfirio Díaz— pensaba que debía desarrollarse el progreso aun sobre la injusticia, y la prosperidad de un siglo que se anunciaba poblado de invenciones y facilidades, equilibraría y compensaría lo que en el momento se presentaba como aleatorio e inseguro. Veíase en la Economía capitalista un “orden natural”, un “providencialismo” científico que con la dinámica de las nuevas fuerzas, conduciría a la más segura abundancia.

En las páginas de extraordinaria sagacidad histórica que escribió sobre aquella Conferencia, Martí advertía que la presión de los negocios condicionaba de tal modo la nueva etapa de las relaciones interamericanas, que antes de ser recibidos en Washington los delegados venidos del Sur fueron paseados por las usinas de Pittsburg y agasajados por los exportadores y banqueros de Wall Street, deseosos de comprar influencia en aquellas tierras lejanas. Una prensa ruda, brutalmente veraz, no ocultaba entonces —según lo leemos en Martí— los entretelones del negocio, El viejo “monroísmo” —decían los periódicos— si había servido para alejar a Europa de nuevas aventuras políticas en América, ahora iba a utilizarse para arrebatar a los débiles países latinoamericanos en la órbita imperial de los Estados Unidos.



Para algunos de esos reporteros neoyorquinos de 1889, glosados por Martí, éramos como otro Far West, urgido de impetuosos pioneros. En otra admirable página, Martí describe la antesala de Mr. Blaine, Secretario de Estado y primera figura de la Conferencia, colmada por la presencia de estos publicanos voraces que pretendían que los tratados públicos e instrumentos diplomáticos alcanzaran la misma velocidad de sus apetitos. No deja de tener su esplendor bárbaro, su grandeza aventurera, ese comienzo del Imperialismo norteamericano, análogo acaso al que conoció Roma cuando conquistado el Mediterráneo en la guerra de Sicilia (¡qué semejante a la guerra de Cuba!) abriase a las compañías de publicanos la seducción del Oriente. A la moral tradicional, al puritanismo romano de un Catón habría de sustituirlo otro linaje de gentes que van e intrigan por todas partes, como tantos “advisers” políticos de Compañías americanas que hemos conocido en Hispanoamérica. Y en la Roma de la guerra de Sicilia —como en los Estados Unidos de la guerra de Cuba— la única consigna sería enriquecerse, la primera medida de valor acaparar dólares y sestercios. Comenzaba la significativa edad de los millonarios norteamericanos; aquella enrarecida busca de la primacía financiera que cuentan tan bien algunas novelas de Dreisser; algunos versos de los poetas de la escuela de Chicago con su ímpetu materialista, con su trepidante poesía de trenes, elevadores y graneros.

Nuestro José Enrique Rodó —aquel adolescente penseroso, retratado en la primera edición de su juvenil libro— interpretaba la discordia entonces muy viva de las dos Américas con los dos personajes simbólicos de “La Tempestad” shakespiriana; como el conflicto entre el alado Ariel, para quien la única realidad es la de los sueños y el rudo Calibán que chapotea en el lodo terrestre. Nutrido de libros europeos parecía ver en el disentimiento de ambas zonas americanas un como desplazamiento ultramarino de la posible escisión de Europa; nosotros representábamos la espiritualidad latina, el culto clásico del ocio y la contemplación, el amor de las formas estéticas; y los americanos del Norte el inmanentismo agresivo, la aventura puramente material de quienes olvidaron los sueños y los dioses. Estábamos en el mundo para defender esa espiritualidad y la cultura aristárquica de las “élites” —que Rodó veneraba como su maestro Renán— y que amenazaba destruirse en el tumultuario impacto materialista de la época. Si no podíamos obtener el éxito cuantitativo a que aspiraba la civilización industrial, que nos conformáramos con acendrar matices y cualidades. Curiosamente la época de mayor pragmatismo y en-

sanche capitalista en la vida de los Estados Unidos, coincidía en Hispanoamérica con un movimiento estético de tanta importancia como el Modernismo en que nuestros escritores y poetas rebosando el ámbito provincial de nuestra cultura, querían alcanzar las formas más sutiles e individualizadas de una civilización crepuscular, de inspiración europea, ¿Y no era, de cierto modo, el “Ariel” de Rodó la expresión de un “modernismo” político, una reivindicación de los derechos de grupos y minorías refinadas ante el acento economicista e industrial que tomaba la época? Como programa histórico el individualismo de Rodó no parecía ofrecer una solución, y el destino de ambas Américas era irreconciliablemente antagónico. La palabra misma ya no significaba —como en el tiempo de Jefferson, de Bolívar y aun de Sarmiento— la aspiración total de un nuevo mundo que se opone al antiguo y ofrece la esperanza de una humanidad conciliada, sino el reclamo particular de cada una de nuestras zonas geográficas y lingüísticas. Nuestra vocación histórica animada de universalidad en los días de la Independencia, amenazaba disgregarse en una serie de romanticismos étnicos.

‘El “arielismo” espiritualista que Rodó atribuía a latinidad del Sur se contrastaba entonces con el mesianismo tecnológico disfrazado de ayuda y progreso que empezaba a florecer, peligrosamente, en algunos grupos de los Estados Unidos. Si se mandaban barcos a las Antillas o Filipinas, también se combatía la fiebre amarilla, decían algunos predicadores imperialistas. Afortunadamente siempre hubo en Norteamérica un grupo de pensadores que tuvieron el culto de la veracidad, y que por lo mismo que el país era poderoso, lo acostumbraron a decirle las cosas claras. Desde Emerson a John Dewey pasando por Henry George y Thorstein Veblen, floreció un pensamiento saludablemente heterodoxo que templaba con previsor y exigente análisis, el ciego optimismo tecnológico y materialista. En el momento en que se deificaban los negocios y el millonario era el arquetipo de la nueva sociedad y las formas más bajas de prensa y propaganda parecían divinizar la Codicia y el imperialismo, varios pensadores se atrevieron a dar la batalla contra los prejuicios y los mitos; contra la demasiada satisfacción enmascarada a veces, de hipocresía misionera, del ímpetu capitalista. En la ‘Historia’ de un Charles Beard, en los luminosos ensayos sociológicos de un Veblen, en la enseñanza moral de un William James, en esa fría, catalítica, valerosamente veraz filosofía de un John Dewey, ¿no aprendían los Estados Unidos a corregir lo que aun era desorbitado

e injusto en su proceso social; a conocer y comprender mejor otras humanidades y otras formas de vida, a perfeccionar su teoría democrática? Y es quizás a través de los espíritus valerosos que se habituaron a aceptar esta cosa incómoda que se llaman las verdades; del esfuerzo honesto con que los mejores educadores de los Estados Unidos pidieron a la Ciencia y el análisis objetivo de los hechos, normas frías y ecuanímes para templar los engaños de la pasión y de la emocionalidad, como la auténtica concordia de América pueda restablecerse; como gentes del Norte y del Sur hallarían el acuerdo —más allá de las emergencias y apurados programas de las reuniones interamericanas, en días de crisis— para una auténtica tarea del Nuevo Mundo.

Y dialécticamente el entendimiento total de estas Américas escindidas que más de un Canciller presuroso quisiera ver reflejada en un acta o tratado público, cada vez que la necesidad congrega a veintiún Embajadores, sólo puede cumplirse a medida que de uno a otro extremo del Continente, se complete el interrumpido, a veces frustrado, proceso de democratización. Es decir, a medida que las Américas sean leales a la idea y los fines históricos con que justificaron su Independencia política; con que aspiraban a ser “Nuevo Mundo” frente a la desigualdad, la rutina o el absolutismo de las viejas metrópolis. Se busca una fuente de nuestro Derecho interamericano y se afanan los juristas en perfeccionar los instrumentos que más allá de los cálculos de los financieros y de los políticos “prácticos” den al sentido del Continente un sustentáculo moral y ofrezcan una teoría justa capaz de convencer a los pueblos y no sólo a los gobiernos, transitorios, y muchas veces ilegítimos. ¿Hemos pensado que bastaría que los simples principios del “Acta de Filadelfia” —adaptados y glosados en las declaraciones de Independencia de los demás países americanos— rigieran, sin trabas, en todas nuestras sociedades políticas? Porque allí afirmaba América y trocaba en hecho y razón de su existencia nueva, aquella “ciudad” libre e igualitaria planeada por los grandes pensadores y utopistas de la “Ilustración”. Surgía América como la última y más dilatada “Thule” de la despierta conciencia occidental; aprovechaba para sus instituciones nacientes del pensamiento liberador creado por Europa desde los comienzos de la edad moderna. Esas ideas morales y políticas —de Locke, de Hume, de Montesquieu— podían trocarse aquí en grandes y nuevas construcciones de la sociedad civil, así como la ciencia matemática y naturalista engendraría en los Estados Unidos un ingente progreso tecnológico.

Pero tanto en la América del Norte como en la del Sur se frustró y desvió bastante la ideología y el legado moral de los "Padres". Aun el desarrollo político de tan pujante país como los Estados Unidos, fue más imperfecto que su auge económico. El panorama democrático norteamericano es ya hoy menos optimista de como lo describían Tocqueville y Sarmiento, esos testigos entusiastas del siglo XIX. Porque si ellos censuran a nuestras repúblicas del Sur, las violentas vicisitudes de sus Estados, los frecuentes eclipses de libertad política, la continua inoperancia de nuestro régimen legal, también nosotros podríamos preguntarles hasta qué punto su democracia siguió fiel a los postulados de Jefferson; cuándo aquélla se contaminó de plutocracia; cuándo la igualdad conciliadora absorbió la discriminación racial y la tragedia de los grupos alógenos. Y de qué manera el empirismo codicioso del "business man" debilitó a veces en la robusta nación, el impulso configurador de la Cultura; deformó la opinión pública y trocó la justicia en justicia de clase. Y en más de un episodio internacional importaron más que los hombres, las materias primas. Una "América, first" encubría, a veces, con falsa bandera, los intereses de los grupos expansionistas. Detrás de la máquina del sufragio estaba la de las "gangs" ocultas, la que movía a los políticos como títeres que esconden un sucio juego de manos. Por eso en la Historia norteamericana muy de tarde en tarde surge y se libera el estadista genial —el hombre del linaje de Jefferson o de Lincoln— y brota el mediocre e innominado Warren Harding. Por eso los Estados Unidos de ahora —a diferencia de los de 1776— no logran formular aún en una teoría coherente, de universal aceptación, lo que piden al mundo. La crisis de Occidente no se supera sino parece continuar aquí, porque en la habitual bastardía de las alianzas y de los intereses, se ahoga la claridad de los principios. Limpiar de cuanto polvo le cayó, de cuanto empirismo y oportunismo extravió sus fines, la venerable "Acta" de Filadelfia —pacto y esperanza de una nueva Humanidad— es así uno de los problemas morales de los Estados Unidos.

La mutua incomprensión de las Américas procede, asimismo, de parciales puntos de enfoque de la realidad; del torpe prejuicio de suponer que el método de cada grupo es el único valedero, de la incapacidad de elevarnos sobre las rutinas y convenciones de la propia tribu. Si la visión que un Rodó pudo tener de los Estados Unidos estaba parcializada por su exclusivo canon estético, también desconocen a la América Latina tantos norteamericanos que la juzgan

a través de sus métodos positivistas o economicistas, como si las medidas de valor que se aplican para estudiar a Texas o Minnessota tienen la misma vigencia cuando se trasladan a comunidades tan diversas, de tan vieja y complicada raíz histórica, como Perú o México. Y con la Estadística con que se calcula la producción de una fábrica, no puede medirse la aspiración y problemática humana de grupos culturales cuyo proceso histórico se cumplió con otras ideas y otras formas. O no se puede juzgar a Hispanoamérica con las normas de un industrialismo que allí, apenas, empieza a aparecer. Esta razón metódica que no se hubiera escapado a Veblen o a cualquiera de los sociólogos, antropólogos o economistas geniales que también han dado los Estados Unidos, la olvidan los autores de tantos "surveys" sobre nuestros países. Si nuestro gusto latino por la cualidad y el matiz diferenciado —que ejemplarizaba el libro de Rodó— no servía para entender una experiencia histórica de grandes masas y enormes espacios como los Estados Unidos; un pueblo que no era Grecia porque tenía vocación para ser otra cosa, no menos fracasa el positivismo cuantitativo al valorizarnos con cierta reticencia y menosprecio. No es tanto —como creen aquellos norteamericanos, descubridores de lo obvio— la ignorancia de nuestros problemas, la pereza o despreocupado hedonismo que se atribuye a la gente latina, lo que nos retardó en las conquistas tecnológicas de la civilización; fue un escenario histórico y geográfico más complicado, más rico de vestigios arcaicos y de naturaleza más difícil que aquel en que el experimentalismo anglo-sajón engendraba la ingente aventura capitalista y maquinista de los Estados Unidos. Una raíz de nuestra cultura afincaba en la Edad Media española y otra en los extraños mundos —convulsionados pero no destruidos del todo —del simbolismo indígena. Por nuevos Quetzalcóatl y nuevos Viracocha cuyo mensaje no parece concluir en la máquina y en la tecnología, aun están clamando enormes masas de nuestro continente indolatino, retardadas en el avance de la Historia.

Buscando signos más válidos y expresivos que el del Estado y las instituciones políticas que marchan más lentos que otras fuerzas de la época, un sociólogo como Veblen quiso explicar el moderno proceso norteamericano como un curioso combate entre el espíritu tecnológico, transformador de la Naturaleza, y la corporación de negocios que con frecuencia limita —para alcanzar mejores precios— el ímpetu industrial. Se edificaba al financiero como cooperador de la Industria; y Veblen inquiría en qué momento la empresa mercantil comienza a ser una rémora para la invención

humana; y la necesidad de que los productores se esparzan y contribuyan al bienestar del hombre, se opone el interés de mantener altos los precios y circunscrita la distribución. Así contra la fuerza creadora de la ciencia y de la técnica, del espíritu, en una palabra, se consolida una oligarquía de aprovechadores. Y el “orden natural” que los economistas clásicos veían en el proceso económico, se trueca en el mal orden de esos monopolios o consorcios —de los “propietarios ausentes” dice Veblen— que acaparan lo que el hombre inventa y detienen la revolución liberadora que se atribuye a la máquina y a la creación técnica. Pero el mayor peligro de la “empresa de negocios” y el “sistema de precios” convertidos en función predominante de la sociedad, es que el hombre empieza a medir por ellos todos los valores humanos. El grupo dominante impone sus propios “standards” y hasta quienes nada poseen, juzgan la vida y todos los valores humanos como si lo más importante en la humanidad fuese un sistema de precios. Llevando a sus últimos extremos la influencia de esta concepción economicista en la vida norteamericana, Veblen inquiría si hasta las Universidades no se afanaban en los Estados Unidos de la empresa de negocios (business enterprise). Y ello no sólo afecta la Cultura del país, la rebaja frecuente al nivel de los más toscos “slogans” comerciales, conspira contra lo refinado para imponer lo tosco y lo simple (¿no se ve esto en cierta prensa, cierto cine y las obras de determinadas casas editoriales?) sino se aplica, también, como medida de valor ecuménico. Los grandes pensadores de los Estados Unidos pueden no estar traducidos al español o al francés, pero se vierten hasta en rumano los artículos más bobos del “Reader’s Digest”. Para las estadísticas de algunas empresas de negocios, Francia estará más atrasada que el Estado de Kansas porque se consumen menos neveras en proporción demográfica. Si antes la Cultura se entendió como pulimento y desarrollo del “ser”, ahora sólo sirve como medio para “tener”. El financiero había absorbido todas las otras categorías sociales. En los Estados Unidos, Mr. Morgan pareció vencer a Mr. Jefferson o a Mr. Emerson.

Y lo que da cierta fragilidad paradójica al inmenso poder norteamericano ante la presente angustia mundial, es que frecuentemente fallan fines y principios más altos que los de la expansión de los negocios y de los objetos de confort. No pueden plegarse a las pautas del usual conformismo inmanentista norteamericano, pueblos y culturas que han vivido experiencias más trágicas y desgarradas. El “paria” hindú, el indio de Sudamérica, el estudiante musulmán,

protagonistas de pueblos en extrema o reprimida tensión, pueden ser más inquietos y descontentadizos que el próspero y satisfecho Mr. Babbalanza. Por ellos hablan culturas o frustraciones milenarias. Y no basta —como creen algunos norteamericanos— sustituir los principios teóricos, la Filosofía de una democracia mundial que a veces aceptó las alianzas y los intereses más bastardos, con la ayuda técnica a “los países atrasados”. Tanto como de auxilio material y tecnológico, esos pueblos están requeridos de comprensión y justicia. No serán tan sólo los tardíos herederos de un sistema industrial y capitalista; los últimos invitados de un festín que por el reclamo de fuera, ya no permitía la exclusión. Se necesita una inteligencia supranacional que apacigüe los resquemores y diferencias, que sea capaz de aproximarse con simpatía a lo distinto. No basta vencer porque es preciso convencer, decía Unamuno. Y el convencimiento —aquello que el Evangelio colocaba más allá del pan de cada día— opera en zonas más desgarradas y misteriosas del alma, donde la necesidad se torna en fe. “No sólo de pan vive el hombre sino de cada palabra que sale de la boca de Dios”, decía el Evangelio. Y esta “palabra de Dios”, el principio ético que se coloca sobre la emergencia o la relación convencional de los Estados, es lo que exige el mundo para crear entre tantos amagos de catástrofe, una nueva concordia y cooperación. Esta ya no es una labor de financieros y expertos, sino de filósofos, de apóstoles, de grandes creadores espirituales. Así contra la fuerza de los procónsules, las legiones y los publicanos de Roma, se erguía, por ejemplo, en una olvidada provincia del Imperio, el que pareció muy frágil mensaje de Jesús. Era —contra todo cálculo de poder y cantidad —el impulso de una fe que configura la conciencia humana.

Si es cierto que América de acuerdo con la Filosofía que formó sus Estados —Filosofía de un “Nuevo Mundo” que se opone a los prejuicios y desigualdades del Antiguo y aspira a la conciliación democrática de las diferencias y discordias humanas— tiene una misión unitaria, superior aún al nacionalismo y mesianismo étnico que atribuyamos a sus respectivas zonas, conviene comprender las causas de nuestras desavenencias y estudiar, si puede recuperarse, esa voluntad totalizadora. En una tarea de Historia Universal ninguna de las dos porciones puede pretender el monopolio de la palabra “América”. Aun en el más trágico de los casos, si aquellos síntomas de imperialismo agresivo que ya Martí describía en las vísperas de la primera conferencia panamericana, llegan a revivir, y la presión política de los

Estados Unidos sobre los países latinoamericanos se torna-se más absorbente, la cultura americana del futuro tampoco borraría aquello que es íntimo, entrañable y diferenciado en la manera como concibe y expresa el mundo, la porción latina del Continente, o sea la más débil. La empresa imperialista y romana nunca llegó a extinguir los focos de cultura helénica y oriental que se encendían en las fronteras de su Imperio, y los generales y pretorianos empezaron a tornar a la orgullosa Roma con las insignias y los lábaros de religiones desconocidas. Hubo que abrir el Panteón a los nuevos dioses venidos de Grecia, de Siria, del Egipto. Hasta nuevos emperadores de razas y culturas distintas ni siquiera conocían el latín. ¿No es esto la respuesta, la conciencia de Hispanoamérica, a aquel asustado verso de Rubén Darío: “Tantos miles de hombres hablaremos inglés”?

Pero la posibilidad histórica de América, tan nueva y tan original dentro de la experiencia humana, acaso supere los anubarrados presagios. Justamente los valores distintos y complementarios de las dos grandes zonas continentales; la simbiosis de razas y pueblos que aquí se ha operado, la coexistencia del indio arcaico y del inmigrante; el Atlántico que nos lleva a Europa y África y el Pacífico abierto sobre un Asia todavía no bien asimilada por la razón de Occidente, nos preparan —si sabemos entenderlo— para la verdadera Historia Universal. A medida que nuestra Civilización avanzó del Mediterráneo al Atlántico y encontró precisamente en América la juntura de los Océanos, el cuadro de la organización humana se fue ensanchando. De la Ciudad-Estado se avanzó al Estado nacional, a las confederaciones de pueblos, y ya comienza a hablarse —es todavía una esperanza— de Naciones Unidas. Si estas nuevas formas de cooperación aun no se cumplen plenamente porque los países acuden a ellas con sus instintos de superioridad o sus complejos de desigualdad, pronto habrá de comprenderse que las formas y las rutinas políticas deben adaptarse a lo que ya puede ofrecer al hombre el avance tecnológico y la universalización de la Cultura. Se afana la Humanidad en ir liberando las funciones reales —Economía, Industria, Educación, Ciencia— de los poderes espurios que las monopolizan. El espíritu prometeico quiere seguir rompiendo las cadenas. En cinco mil años de Historia el hombre se emancipó de una clase sacerdotal absorbente —como en los Imperios orientales, del Faraón hecho Dios, del monarca absoluto y de los privilegios de una clase feudal— y ¿por qué habría de detenerse, en las formas y estratificaciones



de hoy, el proceso liberador de la Conciencia?

Así hasta el problema de la relación de las Américas, se presenta ahora de modo muy distinto a cuando Rodó escribía su "Ariel". No es un capítulo aislado de la Historia Universal, porque sentimos con más angustia que entonces, todas las tensiones de la época. Ya no nos basta aquel individualismo estético, la lección sosegada del viejo maestro Próspero, porque estamos urgidos de solidaridad ética, y las ondas nos empujan hacia donde está bramando y solicitando lo colectivo. Ha desaparecido ese mundo de Rodó, de los finos aristarcas intelectuales de hace cincuenta años, e inquirimos, perplejos, qué es lo que va a nacer.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos  
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,  
Avenida 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.  
Se tiraron 10,000 ejemplares.



#### **TOMO VIII:**

71. Francisco Miró Quesada, FILOSOFIA DE LO AMERICANO TREINTA AÑOS DESPUES. 72. Gabino Barreda, ORACION CIVICA. 73. Angel Rama, APORTACION ORIGINAL DE UNA COMARCA DEL TERCER MUNDO: LATINOAMERICA. 74. José Ingenieros, JOSE VASCONCELOS. 75. Ricaurte Soler, LA NACION LATINOAMERICANA PROYECTO Y PROBLEMA. 76. Laureano Vallevilla Lanz, DISGREGACION E INTEGRACION. 77. Fidel Castro, DISCURSO EN EL XXV ANIVERSARIO DEL ASALTO AL MONCADA. 78. Alfredo L. Palacios, BOLIVAR Y ALBERDI. 79. José Luis Roca, BOLIVIA EN ARGUEDAS Y TAMAYO. 80. José Velasco Alvarado, LA REVOLUCION PERUANA.

#### **TOMO IX:**

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS. 85. Luis Cardoza y Aragón, GUATEMALA. 86. José Enrique Varona, CUBA CONTRA ESPAÑA. 87. Luis Alberto Sánchez, EL PERUANO. 88. Waldo Frank, NECESITAMOS CREAR UN MUNDO NUEVO. 89. Leopoldo Zea, NEGRITUD E INDIGENISMO.



#### **RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

#### **SECRETARIO GENERAL ACADEMICO**

Dr. Fernando Pérez Correa

#### **SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO**

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

#### **DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Dr. Abelardo Villegas

#### **CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Dr. Leopoldo Zea.

#### **COORDINADOR DE HUMANIDADES**

Dr. Leonel Pereznieta Castro

#### **CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD**

Lic. Elena Jeannetti Dávila

#### **UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

Dr. Efrén C. del Pozo